

LA VOZ DE LA JUSTICIA.

PUBLICACION EVENTUAL.

NÚM. 9.)

AREQUIPA SÁBADO 30 DE NOVIEMBRE DE 1861.

(GRATIS.)

LA VOZ DE LA JUSTICIA.

La tiranía de la opinion es la mas injustificable de cuantas tiranías se conocen en el mundo: cualesquiera que sean los medios que se empleen para oprimirla, debe calificarse de infame atentado contra la naturaleza humana. La libertad del hombre considerada como regalía divina, no reconoce otro limite que la voluntad de Dios: la libertad del hombre en sociedad, está restringida por la ley; lo que esta no prohíba, podemos hacer; lo que aquel no impida podemos pensar; y hasta ahora no ha llegado á nuestro conocimiento, que haya una ley, que nos impida pensar y trabajar por la candidatura del General Echenique, no imponiéndola con las amenazas del poder, del que carecemos; ni seduciendo con el oro, que no disponemos, sino viviendo de centro de la libre voluntad de los hombres, que han identificado su opinion con la nuestra; porque han consultado llenos de fé sus sentimientos desinteresados, conducidos por una razon clara y sencilla. Preguntad á cualquier hombre del pueblo por qué es Echeniquista, y el os contestará, «porque de éste jamás hemos recibido males, y porque á San Roman le hemos visto constantemente asediando nuestro pueblo y derramando nuestra sangre, y al dar nuestro voto, para la Presidencia de la República, por uno de los dos, preferimos al primero y no al segundo, porque de aquel podemos esperar algo por el adelanto de Arequipa, mientras del último nada;» esta será la sencilla razon que os den cuantas veces sean interrogados, y ante esta manifestacion hay que ceder porque ella expresa un sentimiento justo, del que nadie debe considerarse agraviado ¿es culpable Arequipa en no dar su voto al que siempre la ha combatido? ¿podriais nunca, defensores del G. San Roman, exigir, que el hijo, el padre, el hermano, el pariente, el amigo ó el vecino, que han sobrevivido, á las sangrientas escenas de Miraflores, Cangallo, Cachamarca, Cuevillas, Uchumayo, Cármen-alto, el sitio de Arequipa y el asalto del 6 y 7 de Marzo, le confieran con su voluntad el primer puesto de la República? Poned un momento vuestra mano en el corazon, y recorred con calma nuestra historia desde el 34 á la fecha, y entónces nos direis si tenemos ó no razon para no ser San-Romanistas. Puede ser que hayamos incurrido en algun extraño error; puede ser que nuestra razon esté estraviada; puede ser que nuestro juicio esté ofuscado; puede ser que sobre nuestras ideas pese alguna mala influencia; mientras tanto siempre que meditemos en

la cuestion, nos encontramos más satisfechos de la obra que hemos emprendido; los estímulos del corazon son cada dia mas vivos, y el tiempo que trascurre arraiga mas nuestras creencias en el fondo de nuestra alma, y de lo interior de nuestra sana conciencia se exhala un grito, que á todas horas del dia y de la noche, nos dice, «si sois Arequipeños, no podeis ser San-Romanistas, porque un lago de sangre os separa de este candidato; huid del sitio donde podeis consumir una deshonra digna; huid de la presencia de la ánfora porque en ella se encierran millares de victimas, que os pueden arrojar vuestro voto á la cara, y quizá salpicado con la sangre de algun pariente inmediato»—nuestro espiritu se retempla y fortalece, porque hay en nuestra naturaleza una fuerza interior que viene incesantemente en apoyo de nuestra opinion.

Si todos los hombres estuvieran obligados á pensar de un mismo modo, y á seguir la creencia ajena, sin mas exámen, ni otros antecedentes que el juicio particular de unos escritores que nos dicen, hasta el fastidio, que ellos cuentan con la mayoría de la Nacion, y que nosotros, *minoría insignificante*, debemos confundirnos con ellos para consumir la fusion de ideas, y uniformar la opinion en favor de la candidatura del gobierno ¿qué seria entónces la libertad de opinion, cuyo esencial atributo es la absoluta independencia, para obrar y discutir? Contra su poder solo se puede emplear, con provecho, las armas de la razon y de la justicia, para alcanzar un convencimiento sincero; el uso que se haga de otro cualquiera medio, es sin efecto: la mentira ó la calumnia no la dominan, la arraigan mas; y si ella está apasionada de los intereses que se discuten, entónces toda reflexion es inútil; todo razonamiento innecesario; toda idea imposible; porque todo choca y desaparece ante la pasion que predomina en el ánimo. De cualquiera manera que nos juzguen los RR. del «Elector.» se encuentran obligados á considerar nuestras creencias, como nosotros hemos respetado las suyas; las nuestras están profundamente arraigadas en nuestras convicciones, y nada habrá que nos haga retroceder del camino emprendido; *llamarnos verdugos, hombres sin fé, sin conciencia, sin principios políticos, vulgo que se levanta cuando la aristocracia declina*, es tiranizar la opinion empleando el insulto contra personas que pueden levantar la frente demasiado alta, sin que el sucio lodo de la mordacidad la empañe.

El G. San Roman puede ser el mas distinguido personaje del Perú; puede ser la figura mas prominente; puede ser la viva

encarnacion del porvenir glorioso de la República; puede ser el Hércules que levante al país sobre sus hombros; todo puede ser, todo podeis hacerlo, ménos Presidente por la infortunada Arequipa. Será una desgracia para el G. San Roman, haber sido siempre el General en Jefe de cuantos ejércitos han combatido nuestra plaza; pero el hecho ha existido, y está escrito en el órden natural de las cosas, que con los asedios frecuentes y la sangre de los combates, se enajena el afecto de un pueblo; porque entre el matador, y la descendencia de la víctima, no pueden existir los sentimientos tranquilos de la amistad y del aprecio, sin violentar los naturales estímulos del corazon humano ¿qué podemos esperar del que ha pasado una tercera parte de su vida haciéndonos una guerra tenaz y encarnizada? Nada, absolutamente nada. Si el G. San Roman, colocado en la Presidencia, se olvidara de nosotros, ¿qué derecho tendríamos para enrostrarle su conducta? Ninguno, porque él nos contestaria «¿cuál es la prenda de aprecio que os he dado durante mi larga vida, para que querrais exijirme medidas que os hagan felices? ¿no sois vosotros los que constantemente habeis combatido conmigo? ¿no soy yo el mismo General en Jefe que en diferentes ocasiones he ordenado que las bayonetas de mis soldados rompan los muros de vuestra poblacion? ¿no son vuestros edificios los que conservan todavia las marcas indelebles de las balas de mis cañones? ¿no soy yo el mismo hombre, que descendiendo del alto rango de General en Jefe de un ejército pasaba á comandar la partida de blanquillos, que durante el sitio solo se ocupaba en fusilar á los alrededores de vuestras casas, á vuestros propios hermanos? Si ayer os combati, en cumplimiento de las ordenanzas militares, defendiendo intereses ajenos, hoy os vuelvo á combatir defendiendo mis propios intereses;» creemos de fé, que este seria el lenguaje que nos dirijiria el G. San Roman durante su periodo, y es esta la principal razon en que nos fundamos, para concentrar la opinion de nuestros hermanos, y dar nuestros votos por el G. Echenique, que representa la oposicion y que es del que los Arequipeños tenemos mas esperanza de alcanzar algo que levante á este pueblo á la altura de que es tan digno, y que lo saque de la postracion en que lo han sumido, por odios políticos sus encarnizados enemigos, que al subyugarlo, le han impuesto el terrible castigo de un calculado atrazo, y de una miseria, fruto necesario de medidas impremeditadas y hostiles, dirigidas especialmente contra el bienestar de un pueblo heróico,

que tiene para ellos la imperdonable falta, de impedir el despotismo y aborrecer á los tiranos.

C. M.

Cuando la prensa lejos de ser el órgano de la verdad y los principios se convierte en instrumento de egoístas aspiraciones, cuando en la lucha de partidos se pretende á todo trance desfigurar los hechos presentándolos ante los demás pueblos con exajerados colores, su misión, de la que siempre se esperan prósperos resultados, se convierte en campo donde la ridiculez y el desprestigio se exhiben ataviados con el ropaje de alucinante palabrería. Al hacerse en el núm. 11 del «Elector» la descripción de la entrada del G. San Roman en esta plaza, se ha caído en tan deplorable error, y si sus Redactores han sido guiados por la idea de que sus palabras encuentren eco lejos de nosotros, han debido al menos pensar que escriben ante un pueblo que testigo presencial del hecho que narran, le ha apreciado de antemano bajo su verdadero punto de vista.

Decirse que con la presencia del General San Roman veremos realizados nuestros deseos de armonía y fraternidad, y del orden y de la paz que nos son tan necesarias para convalecer de algun modo de nuestros pasados quebrantos, es sin duda alguna una promesa que carece de significacion al presente que se trata de una cuestion eleccionaria, bajo la égida de un orden de cosas subordinado á nuestras primordiales instituciones, ó confesarse de plano que el candidato á quien obedecen 6000 bayonetas, ha venido con el propósito de alcanzar armonía y fraternidad, orden y paz, que nunca han sido perturbados, imponiendo la dura ley de su voluntad, equivocando la armonía con el silencio del terror, la fraternidad con la dominacion, el orden con la depresion de un principio, y la paz con la proteccion á su partido. Nosotros, como todo el que aprecie los hechos sin alucinarse, comprendemos que la venida del G. San Roman, cualquiera que sea su tendencia, se presenta inoportuna, en tanto que los sucesos eleccionarios se agitan á la par que su bien venida, circunstancia que compromete su dignidad, desde que todos saben que la eleccion ha sido estudiosamente diferida hasta que le ha sido posible ocupar esta Ciudad.

Los RR. del «Elector» aseguran que hasta la llegada de su caudillo habian creído que arrastraba las simpatías de una gran parte de este pueblo; pero que á la vista de su espléndido recibimiento, á la vista de su entrada magestuosa y eminentemente popular, no tienen embarazo para decir que cuenta con la voluntad de una mayoría inmensa, y agregan que, muchas personas respetables se apresuraron á saludarlo en Cangallo y felicitar su bien venida: que, un numeroso gentío de todas las clases y categorías del pueblo, tanto á pie como á caballo marchó á su encuentro, que—muchos clubs reunidos en la plaza mayor salieron á recibirlo, que—lo restante del pueblo corría en bandadas á ocupar un mejor lugar: que—los clubs Sanromanistas formaron haciendo calle al frente de la division Buendía, cuya línea le hacía competencia en su grandor: que—por toda la pampa se veían esparcidos grupos que se apresuraban por ser los primeros en saludar á su caudillo: que—¡cosa admirable! venia al lado del G. San Roman multitud de paisanos á pie atronando el aire con sus vivas y demas afectuosas aclamaciones: que—hubieron saludos con la etiqueta de estilo, un discurso de felicitacion, de juicio y mérito: que—los diferentes clubs con las músicas correspondientes presci-

dieron la entrada triunfal á la poblacion del ilustre Gran Mariscal: que—desde el principio de la calle grande hasta su morada recibia los plácemes y saludos mas satisfactorios, las misturas perfumadas y los esquisitos ramos que las señoras se apresuraban á tributarle: que—como fin de fiesta hubo una lucida salva de camaretas, inocente manifestacion del cariño que un pueblo muestra con frecuencia á sus hombres predilectos.....

Ni en los tiempos remotos, ni en la edad media, ni en la época contemporánea, ni en los tiempos futuros, registrará la historia de las ovaciones á los grandes personajes una página tan brillante cual la que consigna el «Elector» del 62 núm. 11, que pasará á todos los tiempos, á todas las edades, radiante, inmarcesible, y que todo arequipeño conservará en su biblioteca, como importante documento para convencer á los incrédulos que son muy posibles los cuentos de las mil y una noches. La entrada del Salvador á Jerusalem, es poca cosa ante el cuadro de que nos ocupamos, las ovaciones que el pueblo frances tributará al vencedor de Austerlitz, al que saludó las pirámides de Egipto, nada valen: el entusiasmo de los parisíenses al recibir á los vencedores de Solferino, ha quedado muy atras. Un pueblo de 40,000 habitantes ha saludado á su caudillo en diferentes puntos y ocasiones, á pie, á caballo, en las azoteas, en grupos, en bandadas, con ramilletes, con vivas atronadores, con camaretas, centuplicándose por encanto, todo por celebrar la entrada triunfal de un ejército que se traslada de un punto á otro, y ¡cosa admirable! rara, increíble:—en medio de tan lujosa ostentacion venian al lado del General San Roman multitud de paisanos atronando el aire con sus vivas. El pasmo aun nos embarga, casi es imposible bosquejar el aspecto de la pampa de Miraflores en ese dia; la imaginacion se confunde al querer describir tantas escenas llenas de animacion y entusiasmo. ¡Basta!—La emocion nos abruma.

Abandonemos el momentáneo entusiasmo que nos ha causado tan bella descripción, sigamos nuestro propósito.

Escribir ante un pueblo poniéndolo por testigo de exajeradas invenciones, que si no son ridiculas ante un pequeño círculo, ofenden el buen sentido de los demás, es por cierto fiar demasiado en las dotes del ingenio, pretendiendo alucinar á los que no se hallaron en Arequipa en ese dia. Mal se puede concebir que 380 hombres, inclusive jendarmes y gente del campo, que á la luz del medio dia se exhibieron en la plaza mayor, hubieran sido los actores de tantas maravillas, que se confunda la natural curiosidad de presenciar la entrada de un ejército, con muestras de entusiasmo, y que se llame entrada triunfal la de un Jefe y sus subordinados, que por planes de alta política (segun los RR. del «Elector») vienen á ocupar nuestra plaza. Tampoco podemos pasar en silencio que se haya asegurado que el bello sexo obsequió al G. San Roman misturas perfumadas y esquisitos ramos: con esta invencion se ha faltado á la galanteria, aventurando un aserto que ofende el buen juicio de las sensatas arequipeñas, y no tenemos inconveniente por lo mismo en lanzar un MENTIS, en defensa de una causa en la que llevamos la mejor parte, porque deseamos que la verdad no se desfigure, mucho mas si su antípoda envuelve en sus redes á nuestro bello sexo.

Entre los vivas atronadores, han olvidado los comentadores de la entrada triunfal, hablar de los mueras alarmantes que en presencia del caudillo que nos trae armonía, fraternidad, orden y paz se han proferido en

diferentes ocasiones por sus partidarios. Viva el G. San Roman, en hora buena, esto es permitido, nada mas natural; sus amigos, los afiliados en ese bando con razon ó sin ella, están en su derecho, pero no han debido ni deben esclamar: ¡mueras Echenique! ¡mueras los Echeniquistas! Si se predica tolerancia, si aun resta un último destello de libertad, somos tan libres como ellos para proclamar á quien nos parezca, para trabajar en favor del que nos plazca, sin que el puñal amenaze nuestros pechos, sin que las turbas que protejen y fomentan proclamen de voz en grito nuestro estermio. ¡Mueras Echenique! No..... las almas nobles y generosas, los que suponen su triunfo seguro, los que cuentan con un imponente apoyo, no deben proferir esas palabras, so pena de llevar el epíteto de cobardes, so pena de ser calificados como hombres sin fé política ni corazon, que insultan al que no puede escucharlos, que para el triunfo de un partido desean la muerte de un ilustre peruano de quien nunca han recibido ultrajes, que aun tienen odio al proscrito á quien el despotismo y la mas degradante villanía han cerrado las puertas de su patria. ¡Mueras los Echeniquistas!—Tampoco..... Si hasta hoy algunos han desaparecido, si la memoria de Garambel, de.....

aun no espanta á los que invocan nuestra muerte, si los sucesos del 8 y 9 de Setiembre, aun no han saciado la zaña de los que proclaman muerte y estermio, no olviden que los Echeniquistas somos tambien Arequipeños, que aquí existen nuestras mas caras afecciones, y que si es previsa nuestra desaparicion para dar pábulo á sus planes, dejamos en pos de nosotros, nuestras madres, nuestros hijos, nuestras familias que mirarán siempre con horror á los que dominaron un dia para cargar tan inmensa responsabilidad. Por violenta, por anómala que se presente una situacion el curso lógico de los sucesos restablece siempre el orden normal y entónces que no hay turbas, que la grita desaparece, que las pasiones calman,—la vindicta pública, la propia conciencia imponen un terrible castigo á los autores de escenas que traen consigo la muerte y el terror. Si nos ocupamos ahora de este punto, es porque hoy mas que nunca nos ha causado estrañeza que en presencia del G. San Roman, de este caballero á quien creemos animado de los mas dignos sentimientos, se han proferido tan alarmantes exclamaciones, el dia de su entrada, cuatro dias despues en la puerta de su casa y en la última exhibicion de su partido. Comprometido por demas es que, se diga que animados sus partidarios por su presencia se manifiestan tan hostiles y prevenidos, y en lo sucesivo de trascendentales resultados que uno de los escalones de su ascenso aparezca teñido con sangre hermana. Acaso las atenciones de su posicion le impidan conocer que se cometen tales abusos; por esto los denunciaremos.

Mientras tanto, se aproxima el momento preciso, y aunque desde hoy se emplean degradantes maquinaciones para prevenir favorablemente, el terreno en provecho de los intereses gobiernistas, cumplamos por nuestra parte con el deber que nos hemos impuesto. Desde ahora, como siempre, el orden será nuestra divisa, el respeto á las opiniones ajenas, la garantía de la nuestra; pero si un conflicto estudiosamente provocado perturba el sistema eleccionario, si se nos reta para obligarnos á salir del carril de nuestro objeto, triunfe por tales medios la candidatura San Roman. Cuando á la voluntad de los pueblos se oponen bayonetas, cuando en vez de sufragios se preparan ar-

mas y diestras manos que las manejen, la victoria que se alcanza es una base de arena; el triunfo moral produce su resultado, aunque obre con la necesaria lentitud de los principios.

E. C.

PROCLAMA DEL PUEBLO DE PICHACANI A LOS AREQUIPEÑOS.

Tenemos la grata satisfaccion de dar publicidad en nuestro periódico, á la proclama, que de un pueblo de la Provincia del cerro de Puno, nos han remitido.—Los términos en que se halla concebida, son la prueba mas manifiesta del modo como aprecian nuestra situacion, los hombres que nos juzgan á la distancia, pero que hermanando con nosotros en ideas, nos dirijen un saludo, lleno de entusiasmo, que nos consuela en la angustiosa situacion que atravesamos, y que alguna vez sabremos corresponder, á esos dignos ciudadanos, que en el año 41, supieron combatir, con heroica resolucion, las huestes bolivianas que hollaron su sagrado territorio, obteniendo triunfos que honrarian á un pueblo europeo. Los hijos del Misti se llenan de orgullo, al ver que en el Perú hay pueblos que se indignan cuando ven que la fuerza pública, destinada á la defensa nacional, cambia su alta mision, abandonando su puesto, para venir con su presencia á arrebatar á un pueblo libre, los sufragios que tenia destinados para otro: aquellos espontáneos arranques de moralidad, dan grandes esperanzas para el porvenir de la República; debemos esperar con resignacion, sin violentar los naturales acontecimientos, que ellos nos señalarán el dia que principie la ventura pública, y entonces todos los hombres de fe y de conciencia, estaremos al servicio de la Nacion.

C. M.

Arequipeños:—Vais á ver en vuestras calles un ejército mas numeroso y formidable que el que os invadió en los aciagos dias del 6 y 7 de Marzo; entonces derramasteis vuestro sangre proclamando la reforma de la Constitucion del año 56, y os combatieron en nombre de la integridad de esa misma Constitucion que ellos violaron y reformaron despues: las víctimas de esa memorable jornada, claman al Cielo, por lo estéril del sacrificio y por su sangre solo ha servido para arraigar el despotismo y engrandecer á dos hombres que se trasferien el dominio del país:—para combatiros entonces fueron necesarios 4000 soldados:—para deprimir hoy un principio, defendido por hombres del pueblo, han sido necesarios 6000: con esta derrota debeis quedar mas orgullosos que con la primera: la Nacion os contempla con admiracion, pero no os exige un imposible; sois prisioneros, y no podeis tener libertad para sufragar; el sacrificio de uno de vosotros, en una lucha tan desigual y desesperada, arrancaria lágrimas de dolor á los hombres libres del Perú, y sería la cabeza de proceso con que debian acusar á los que os dirijen.

Arequipeños:—Estais manifestando al mundo entero que sois mas temibles cuando defendeis un derecho adquirido, que cuando luchais por adquirir otro nuevo; vuestro espíritu guerrero se subleva en masa contra la opresion, pero calla ante el imposible.—Para vosotros está reservada la grande obra del mundo intelectual; la defensa de la libertad y el cumplimiento de la ley; vuestra pequenez en la tierra desaparece ante la inmensidad de la obra que Dios os ha encomendado.

Hijos del Misti:—Si algunos de vuestros hijos os han vendido, compadecedlos porque el Regenerador del mundo, el Hombre Dios,

fué conducido al suplicio, por la codicia de uno de sus discípulos, y cuando aquel deramaba su sangre, por la redencion del género humano, pidió á su Eterno Padre el perdón para los extraviados, y el que hizo la venta se horcó, espantado de la inmensidad del crimen y arrepentido de lo horrible de la traicion.

Arequipeños:—Dios al dar las leyes para gobernar á los hombres, contó con dos grandes elementos, con su omnipotente voluntad en el Cielo, y con la firmeza de vuestro espíritu en la tierra para hacerlas cumplir; cuando tengais que llevar adelante vuestra mision, y os sean necesarios sacrificios, contad con los de vuestros hermanos de opinion.

Los Pichicanenos.

COMUNICADOS.

CONTINUA LA DEFENSA DEL G. M.

SAN ROMAN.

Hemos visto todo el material acopiado en dos columnas del número 8 del «Elector», que tambien defiende al Gran Mariscal, como hiera á nosotros, desnudos escritores, y por esto prestándonos una pluma del autor para defendernos, protestamos no leer ni contestar mas aunque se nos dirijieran tantas líneas como átomos hay de polvo en las huancas de Chíncha; que es muy desigual combate el que pudiera sostenerse entre la razon y la supercheria. Desgraciadamente para el autor y para su causa, en Arequipa discurre y piensa hasta el último de sus habitantes: razon que debiera economizar este escrito; pero es la primera vez que se nos punza; y pudiera acontecer que algun desbandado acosado por el hambre, se saciara en el artículo de nuestro autor, y le diera la razon á fuer de lleno.

Dice el Sr. escritor que no puede haber un contrasentido mas pronunciado que el que Arequipa se presente á sostener la candidatura del hombre á quien derrocó del poder por su pésima administracion.—Esto no es cierto Sr. escritor; y lo que no lleva el sello de la verdad, no es ni puede ser razon en parte alguna del mundo, ni ménos en el Elector. Lea U. Sr. escritor, hable con todos sus paisanos, con los estrangeros, con sus mismos compañeros de negocio, y todos le diran que Castilla es quien derrocó al General Echenique, ayudado especialmente de Arequipa y de los demas pueblos que engañó para apoderarse del mar y del tesoro nacional. Arequipa conoció tarde el engaño, y por repararlo ha hecho estériles esfuerzos y sufrido con resignacion, hasta que llegara el tiempo de salvar la situacion, uniendo al de todos los peruanos ese sagrado voto, imágen viva de la regeneracion social, que no solo satisface al ilustre ciudadano que ultrajó, sino que devuelve á la patria su vida y su esperanza.

Dice el Sr. escritor que las responsabilidades del General Echenique son inmensas é irreparables; y que no solo Arequipa ha sido víctima de sus aberraciones sino todos y cada uno de los pueblos de la República.—Calumnias son estas Sr. escritor que ennegrecen vuestro escrito.—Vivos están los monumentos que levantó en el Perú el General Echenique en el corto y trabajado periodo de su mando; y fuera menester ser ciego y mudo para no ver y confesar. Pero no, los escritores ministeriales no son ciegos ni mudos: han adoptado el único sistema que conviene á su mision: negar los actos de bondad y de justicia que enaltecen al General Echenique, apropiárselos á su can-

didato; pintar al nuestro con los colores del crimen, aplaudir á sus Mariscales, fingir, embrollar para evadirse, porque es su lema—Guerra á muerte á la lógica y al buen sentido.

General Echenique: 15000 soldados robustecidos por el colosal poder de nuestras huancas, enmudecen y tiemblan al contemplar tu nombre; y no representan sino el marmol que cubre el sepulcro donde yace el escarnecido Perú. Vuestro triunfo se ha realizado moralmente. Ya sonará la tormenta, y cuando os presenteis radiante en la escena que os espera, se quebrantará la piedra y caerán los asesinos al aspecto de la víctima.

Pero volvamos á las inmensas responsabilidades del autor:—¿No vino voluntariamente el General Echenique á pedir el juicio de residencia para que juzgara el Congreso todos los actos de su pasada administracion? ¿No ha estado largo tiempo á merced de su tirano? ¿No le entregó maniatado á sus legítimos jueces? ¿No le habria valido un ejército al General Castilla y á su sucesor, el fallo que declarase la mas leve culpa en el General Echenique, así para salvarse de los cargos que les hace la Nacion, como para favorecer sus últimos proyectos de ambicion y mando? ¿No ha sido proclamada su inocencia por los mismos jueces á quienes entregó el General Castilla? Cuando no quedó otro recurso que arrojarle del país, ¿no se negaron los virtuosos jefes de la escuadra á ejercer el oficio de verdugos, espantos de la enormidad del atentado, como hubiera debido negarse el M. San Roman en otras ocasiones, á dar ensanche y fuerza á la tiranía de Castilla siendo jefe de mayor rango y sujeto á mayores responsabilidades?

El M. San Roman á quien personalmente estimamos Sr. escritor, ha podido sin mas que querer salvar muchas veces la patria del abismo en que la ha hundido el G. Castilla: ha tenido un deber de hacerlo como peruano, como colaborador de nuestra independencia, como hombre fuerte para conjurar la tempestad que tantas veces crujió sobre nuestras cabezas, y no nos digais que, «á nada puede ser responsable porque no invistió el primer cargo de la República».—Un capitán de marina se niega á cometer un crimen; y cuando no puede así salvar la patria, salva su responsabilidad, da un ejemplo de virtud que simboliza esperanza, alienta á sus compatriotas é intimida á los despotas.—Un soldado que ama la patria presenta el pecho ante el puñal homicida antes que rendir homenaje á la obediencia criminal.—Así se portan los verdaderos héroes, y no alegan como mérito las hojas de servicio ni las batallas, que solo tienen origen en el oro con que se pagan.

Si no hubierais olvidado Sr. escritor los nombres de todos los puntos donde el General San Roman ha vertido la sangre de nuestros hermanos; si comprendierais todo el horror que nos recuerdan esas sangrientas escenas; si hubierais seguido paso á paso al M. San Roman en los últimos 28 años de su vida pública; si conocierais que el solo ha podido y debido libertarnos del salvaje despotismo de Castilla, y elevado á su verdadera altura este desgraciado suelo, cuna y asiento de la libertad; si tuvierais la conciencia de lo que decís, y si juzgarais con imparcialidad y buena fé la situacion de Arequipa con relacion al M. San Roman, confesariais con nosotros que su candidatura es un monstruo, una cosa que no puede ser; un imposible moral como el mismo Mariscal lo ve y lo palpa, por mas que os empeñeis para engañarle.

(Continuará.)

TRASCRIPCIONES.

(Del Mercurio de Valparaiso núm. 10,263.)

EL PERÚ

Y LOS GENERALES ECHENIQUE Y CASTILLA.

Entre las Naciones americanas hay una á quien la Providencia regaló un tesoro, que no solamente podria facilitar á su gobierno el medio para aliviar temporalmente á los ciudadanos de toda clase de impuestos, sino que puede convertirse en una fuente perenne de riqueza que produzca una renta permanente en el porvenir.

El Perú es esa Nacion privilegiada. Las islas huaneras pueden darle lo bastante con que pagar el gasto anual de la administracion pública, y dejarle un sobrante que puede emplear en cruzar de ferrocarriles el país, en abrir canales de irrigacion para facilitar el cultivo de inmensos terrenos que son ahora incultos y áridos desiertos, en mejorar sus puertos con algunas obras de comodidad para la carga y descarga de los buques, en promover la colonizacion de las ricas y estensas comarcas que riegan el Amazonas y sus afluentes, y en difundir la instruccion entre los ciudadanos. Para esto no se necesita otra cosa que un gobierno que tenga en mira la prosperidad bien entendida de su patria, y que se rodee de hombres inteligentes y de orden que administren con discernimiento y pureza los fondos nacionales.

El dinero que se gastó en estas mejoras produciria en lo futuro una renta que reemplazaria con usura la que ahora proporciona el huano; y cuando éste se agotase, contaria el gobierno con abundantes recursos para hacer los gastos públicos, sin que le hicieran falta los que hoy saca de las islas huaneras. Lo reemplazaria, no hay que dudar, porque el Perú puede emplear sesenta millones de pesos en diez años en ferrocarriles, en canales de irrigacion, en muelles y diques en sus puertos; y estas obras bien administradas le darian un producto anual que iria creciendo con la prosperidad nacional.

Apénas puede calcularse cuál seria el desarrollo de la riqueza, si una parte del valor del huano se emplease en promoverlo de la manera que se acaba de indicar. Los productos de las minas, el salitre, los azúcares, las lanas, los licores, los cereales y otros artículos valiosos de esportacion, podrian ser transportados á la costa y puestos al alcance del consumidor con poco costo y con seguridad; y las empresas mineras y agrícolas recibirian un inconcebible fomento. Esa poblacion ociosa, que en los caminos y en las cercanias de las ciudades asecha á los transeúntes para despojarlos del dinero y de la vida, se emplearia entónces en los trabajos útiles, porque una ocupacion honrada les proporcionaria medios de lucrar mas y con menos riesgos que el salteo y el asesinato. En España los salteadores disminuyen á medida que los ferrocarriles aumentan, porque la miseria proveniente de falta de vias de comunicacion que faciliten la venta de lo que la tierra produce, desaparece tan luego como el vapor anuncia que ya hay medios de llevar á los mercados estrangeros el fruto del trabajo honrado. El bandolero deja entónces el trabuco y el puñal, y toma el arado para hacer producir á la tierra la riqueza que buscaba en el crimen.

Dos hombres han estado á la cabeza del gobierno desde que se descubrió la importancia del tesoro que encierran las islas huaneras: el G. Echenique y el G. Castilla.

¿Cuál de ellos ha comprendido mejor el uso que debia hacerse de este rico tesoro? Veamos sus actos.

Durante la guerra de independencia, muchas familias habian perdido su fortuna por causa de esa misma guerra. Se clamaba por

la indemnizacion de los perjuicios sufridos, y la nacion tenia el medio de hacer una espléndida reparacion.

He aquí el orijen de la consolidacion. El G. Echenique atendió el clamor de los interesados, como el gobierno frances atendió el de los emigrados cuando en tiempo de los Borbones se decretó en favor de ellos una indemnizacion de mil millones de francos. Cometieron abusos en la ejecucion de la medida, como se cometieron en Francia al distribuir los mil millones; porque en esta especie de operaciones no es posible evitarlos. Viles y venales agentes calificaron como legítimas reclamaciones injustas, sacrificando al oro su conciencia, y el tesoro fué gravado en algo mas de lo que debió serlo. Pero el efecto de la consolidacion ha sido el único benéfico para el Perú que hasta ahora ha producido el huano. Muchas fortunas fueron restablecidas; los capitales recibidos se invirtieron reproductivamente dentro del país; y ellos son los que hoy dan alguna vida á las empresas mineras y agrícolas, á la naciente industria y al comercio. Échese una mirada retrospectiva sobre el país y se comprenderá fácilmente los bienes que con aquella medida recibió. Los grandes capitales que le dan vida se crearon entónces, y están hoy aumentándose gradualmente. Así sucedió en Francia: los mil millones pagados á los emigrados dieron á la agricultura y á la industria francesa ese aliento que ha hecho á la Nacion reponerse de las pérdidas y ruina que le habian causado las guerras del imperio, que fueron para ella un juego sangriento en que se la alucinaba con el pretendido honor nacional de ganar batallas, y se sacrificaba la vida de sus hijos y la fortuna del país.

Mucho se clamó contra la consolidacion, porque en efecto algunos de los que ejecutaron la medida cometieron escándalos que es sensible hayan quedado sin castigo, ¡qué digo, sin castigo! que han sido premiados despues por Castilla, que los tomó por pretexto para su rebelion. Por ahí anda por el mundo en misiones diplomáticas derrochando dinero y siendo instrumento de intrigas maquiavélicas el hombre culpable de esos escándalos. Este es uno de los hombres importantes del gobierno de la moralidad!.....

Pero prescindase de ese abuso, que ciertamente causó un gravámen indebido al tesoro, y dígase con imparcialidad, si no es cierto que la consolidacion ha producido los benéficos efectos que hemos indicado. Nadie podrá negarlo, á menos que quiera cegarse voluntariamente á la luz.

El G. Echenique tenia en mira amortizar la mala moneda que circula en el Perú, que es uno de los mayores males que sufre el país. Habria llevado á efecto esta útil medida, si el G. Castilla no promueve la escandalosa rebelion que le facilitó los medios de usurpar el poder público.

Tambien se preparaban muchas empresas de ferrocarriles, de muelles, diques y canales de irrigacion, y otras de utilidad pública, en que invertir reproductivamente el valor del huano, porque no meditando el G. Echenique guerras insensatas, y deseando estar en paz con todas las naciones, jamás le ocurrió gastar el producto del huano sino en enriquecer á sus conciudadanos.

Pero el G. Castilla, ¿qué ha hecho?

Buscar por todas partes enemigos al Perú; gastar el producto del huano en cañones, en pólvora, en balas, en comprar traidores en las Repúblicas vecinas, en ausiliar las empresas de pretendientes odiados, en satisfacer la vanidad de sus agentes diplomáticos, pagando sus fiestas y convites, en corromper á los funcionarios públicos, en asalariar escritores mercenarios en el interior y en el exterior, en prestar auxilios á los rebeldes y traidores de

otras partes, en mantener un ejército innecesario para estar jugando á la guerra con todo el mundo, en desmoralizar de todos modos á sus compatriotas.

Castilla ha encontrado el modo de gastar anualmente veinte millones de pesos sin que ni un centavo de ellos se emplee reproductivamente en el país. El dinero va en pequeñas porciones que se ha aglomerado en Lima alrededor de los cuarteles y de los favoritos, que lo disipan en el juego y en los placeres sensuales, porque esa poblacion no economiza ni produce, ó va á países estrangeros á pagar cañones, pólvora, balas, grandes buques innecesarios, gastos hechos por los diplomáticos en comidas, bailes y otras fiestas, ó en supuestas erogaciones reservadas, que no hacen, porque ni son necesarias ni serian admitidas en países en donde hay moralidad y orden. ¿Cuál es el habitante del Perú que durante la anarquía y despilfarro de Castilla puede decir que ha obtenido con el huano algun recurso para emprender algo en favor de la riqueza nacional? ¿Cuál es el hombre de algun mérito que haya tenido buena acogida de parte de Castilla para ser ocupado en promover la civilizacion del país? Los que habian sido llamados para dirigir la enseñanza tuvieron que irse disgustados, y los pocos que perseveran en llenar su mision civilizadora, tienen que luchar constantemente contra los embarazos que les opone ese hombre enemigo de las luces, y cerca de quien no encuentra favor sino la adulacion y la inmoralidad. Los hombres que habian intervenido en hacer los estudios y trazar un camino que se proyectó bajo la administracion del Sr. Mar mientras Castilla estaba en Guayaquil, incurrieron en la desgracia de Castilla y tuvieron que abandonar el país unos, y otros sufrir las consecuencias de su enojo.

Sabido es el disgusto con que Castilla ha visto los decretos del Congreso en que se ha dispuesto que se construyan ciertos ferrocarriles, y nadie ignora que nada eficaz se hace para que se lleven á cabo. Ese hombre funesto no piensa sino en tener buques de guerra, soldados y cañones, y en buscar querellas con las naciones estrangeras con el pretexto de defender un honor nacional que nadie ofende, para embucar de esta manera á sus compatriotas á fin de que le consentan un fuerte ejército que lo sostenga y le den facultades amplias para disponer del huano á su antojo.

Este hombre, que piensa que su nombre anda por las naciones estrangeras como el de un gran capitán, es fuera del país nada mas que un personaje ridículo, sobre todo despues de que se ha querido dar aires de fundador de un nuevo derecho internacional haciendo tratados como el célebre de Guayaquil y recibiendo como Ministro de una nacion al enviado del jefe de una faccion miserable, que no pudo sostenerse algunos meses con sus auxilios y con los baluartes naturales de una fuerte plaza de guerra. Los diplomáticos de los países civilizados residentes en Lima le hicieron ver el caso que se hacia en el mundo de su insólito derecho de jentes y de la farza de la célebre legacion del Enviado Extraordinario, á quien ninguno de ellos visitó, ni volvió siquiera á mirar. Estos hechos debieran hacer conocer á ese hombre lo que se piensa fuera del país acerca de él, y deben tambien hacer comprender á los peruanos la vergüenza que debe causarles el tolerarlo á su cabeza.

No sigamos, que basta y sobra con lo dicho para que se pueda juzgar cuál de los dos hombres que han gobernado al Perú en los últimos diez años merece la gratitud ó la execracion de sus conciudadanos.—Junius.